

EL HOMBRE AZUL.

Drama original en tres actos y cinco cuadros, escrito por D. D. *de* S. *y de* A., *para representarse en Madrid el año de* 1849.

PERSONAGES.

El marques Don Carlos de Aguilar, (65 *años.*)
Don Enrique, (39 *id.*)
Don Carlos, *sobrino del marqués, é hijo de* (23 *id.*)
La condesa Eufemia de Aguilar, (50 *id.*)
Isabel de Moncada, (19 *id.*)
Clara de Luna, (21 *id.*)
Alberto, *ayuda de cámara del conde,* (51 *id.*)
Hernando, *id. del marqués,* (53 *id.*)
Guzman, *paje de Don Carlos,* (17 *id.*)
Tellez, *jardinero,* (39 *id.*)
Nuño. } *antiguos pescadores,* { 45 *id.*
Rodrigo. } { 43 *id.*
Un criado.
Dos bandidos.

La accion se figura en Andalucia año 1497.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un salon del palacio del marqués, n puertas laterales; en el fondo, arcos que dan paso á la espaciosa y dilatada galeria.

ESCENA PRIMERA.

ernando, Guzman: *despues* Alberto *y varios criados, todos de rigoroso luto.*

er. Por qué se detendrán! Ya son mas de las cinco!

z. Qué se yo! La condesa está encerrada en su habitacion, hablando con Alberto; y como este era el primer ayuda de cámara del difunto conde, no es posible que parta el fúnebre cortejo sin que él asista.

r. Encerrada en su habitacion con Alberto!... Estarán proyectando alguna nueva maldad. Aun no han pasado tres dias desde el fallecimiento de su desgraciado esposo, cuyos restos vamos á acompañar á su última morada, y ya estan en secretos... en maquinaciones! Bah! Si asesinó á su marido, por qué he de estrañar ahora que....

Guz. Ella le asesinó! *(aterrado.)*

Her. No vayas á imaginar que le dió veneno, ni mucho menos una puñalada; pero á fuerza de regalarle un disgusto tras de una pesadumbre, y tras una de estas otro disgusto, le quitó la salud y le redujo al punto que le ha conducido derecho á la muerte. A esto se llama en Castilla asesinar lentamente: aqui, en Andalucia, acaso tendrá otro nombre. Pero á fuer de buen castellano, por sus nombres propios designo yo las cosas.

Guz. Como soy moderno en la casa, desconozco los antecedentes de la señora, pero...

Her. Crees aventurado mi juicio?...

Guz. Creo que la persigue la fatal desgracia que acompaña á casi todos los poderosos de la tierra: creo que no es mala en el fondo, pero que tiene unos lados fatales. Su infame confidente...

Her. Oh! es la maldad suma! Y.... á propósito, buen Guzman; puesto que ha fallecido el conde, qué destino piensan dar á esa linda alhaja?

Guz. A Alberto?... Pasa á ejercer su destino al lado del joven conde.

Her. Pienso que no admitirá de buen grado semejante servidor!

Guz. Si en él consistiera... Le tiene tal antipatia, que no cabe encarecimiento para exajerarla bastante. Asi es que Alberto será su criado en el nombre y yo en la realidad.

Her. Será una gran fortuna para él, porque .. *(mira hácia la galeria.)* Crei que venian ya!... Me temo que quieren perderle!

8

Guz. Hablad por Dios! .. No debo ignorar nada...

Her. Eh!.... son suposiciones.... cavilosidades mias... porque les odio tanto, como ellos me aborrecen; y si no fuera porque estoy al servicio del marqués, y con este nada pueden, acaso, acaso... á estas horas estaria yo muy lejos de este palacio. Pero ya que de él no pueden arrojarme, no será estraño procuren echarme del mundo.

Guz. Virgen Purísima! Serian capaces...

Her. Creo que no seria esta la primera que hiciesen por el estilo; y persuadido de esto, lo mismo que lo estoy del peligro que corro, con solo verlos sufro tanto como el inerme reo, que espera la vista del verdugo para ser conducido al patíbulo.

Guz. Me horrorizais! Decidme al menos...

Her. Hace veintiocho años... (*oyendo ruido.*) Ya estan ahí, ahora que yo deseaba que no viniesen!

Guz. (*bajo.*) Silencio y disimulo!

ESCENA II.

Dichos, Alberto, *criados.*

Alb. La comitiva espera!

Her. Y nosotros esperamos á la comitiva hace hora y media.

Alb. Yo juzgaba que habria pasado con rapidez el tiempo para vosotros, segun lo engolfados que estábais en conversacion.

Her. Os importa?

Alb. Ni pizca. Lo digo porque os vi hablar con gran misterio, desde que puse el pie en la galería.

Her. (*con gran calma é intencion.*) Pues no era asunto secreto ni de misterio el que tratábamos. Empezaba yo á enterar á este joven de la desgraciada historia que terminó en el dia 27 de mayo de 1469.

Alb. (*palideciendo y ap.*) Dios mio! (*disimulando.*) No se os cae de la boca esa historia!

Her. Otros debian tenerla mas presente que yo; (*habla siempre con intencion.*) pero así va el mundo. De todos modos me parece que no es para olvidada, y mucho menos de los que fueron actores de tan sangriento y horroroso drama.

Alb. (*enfurecido.*) Qué quereis decir?

Her. (*con calma.*) Yo!... Pues no lo habeis oido?

Alb. Ya va de muchas... y vos teneis necesidad de una dura leccion, y os empeñais en que sea yo vuestro maestro.

Her. Como me cojais despierto y de cara... no sabemos quién enseñará á quién.

Guz. Pardiez! Es linda cosa que un barbilampiño tenga que poner en razon cada momento á dos hombres cuasi encanecidos! (*á Alberto.*) Deciais que la comitiva está esperando? Pues el estarnos aquí, no es el mejor medio de evitar que aguarde.

Her. A Dios, Guzman: tú perteneces á la comitiva del conde, ves con (*ironía.*) el señor Alberto: yo voy á la cabeza de los criados del señor marqués. Vamos á ver depositar al infeliz conde! (*vase.*)

Alb. (*á Guzman, con hipocresía.*) Siempre provocándome!

Criado. El señor conde, manda (*á Guzman.*) que espereis en este sitio.

Guz. Será obedecido. (*todos salen, menos Guzman.*)

ESCENA III.

Guzman, Carlos.

Guz. (*reflexionando.*) Qué historia será esa de que siempre oigo hablar con misterio..! Qué habrá ocurrido en ese dia 27 de mayo..! Ello debe ser una cosa muy atroz, cuando sirve de duende en esta casa. Para imponer á las personas en este palacio, se les cita ese dia; para hacer miedo á los niños, idem... é idem para que chillen y hagan aspavientos las mujeres. He de procurar...

Car. (*saliendo.*) Guzman!

Guz. Señor?

Car. Los disgustos se multiplican y aglomeran sobre mí. No bien he empezado á llorar la grave pérdida de mi querido padre, cuando ya comienzan á oprimirme, proponiéndome un enlace que aborrezco. En vano hice presente que estos momentos deben dedicarse al dolor; que hablar en tales instantes de semejante asunto, es profanar la buena memoria del difunto conde; pero... todo es inutil; en esta boda hay un segundo fin que no me es dado comprender, y hé aquí la razon de que no se respeten en tan sagrados dias, ni las cenizas de los muertos! Para colmar mis penas, acaban de intimarme la orden de que admita á mi lado y en mi confianza á Alberto... que le mire como el mas fiel servidor de mi familia.

Guz. (*con viveza.*) Oh! no hagais tal por Dios! ¡Es un infame!

Car. Qué dices! ¿Sabes acaso...?

Guz. A deciros verdad... poco ó nada sé: mas espero que muy pronto sabré mucho, y podré daros noticias tan ciertas, como importantes. Creo que Alberto es muy malo, porque así lo asegura el que verdaderamente es el mas fiel servidor de vuestra familia, el mas antiguo criado del señor marqués, vuestro tio.

Car. Bueno será que te informes; pero yo nada se que pueda perjudicar á Alberto; y si me disgusta que le coloquen á mi lado, es porque estoy seguro de que mi madre le pone cerca de mí, para que espie todas mis acciones, para impedir...

Guz. Os entiendo perfectamente. Pero... si no es mas que eso, sosegaos: si él os espia, yo le espiaré á él; y si trata de cometer alguna infamia, se las habrá conmigo, y... ¡cuenta que su daga no está mas afilada que la mia!

Car. Sabes el poder que tiene...

Guz. Con la señora condesa? No importa! Fiad en mí, y ahora decidme en qué debo serviros. Una vez que habeis mandado que os espere, sin duda alguna necesitais de mí.

Car. Si, mi buen Guzman: deseo que partas á la quinta de los Alamos; procurarás ver á Isabel, y la advertirás que hoy no me es posible ir á verla: seria demasiado notable que yo saliese de mi habitacion en tan triste dia. Pero .. qué digo!... Dila que mañana, tal vez á media noche, pasaré á verla, porque es mucho para mí carecer de su vista todo un dia.

Guz. Mala comision me encargais, señor! por-

que... es muy facil que me encuentre con la fúnebre comitiva.

Car. Tienes razon! Pero... no obstante... puedes, á costa de rodear algun terreno, llegar sin obstáculo á la quinta, por el camino que guia al convento.

Guz. Teneis razon!

Car. Pues no lo retardes... y cuida mucho de no hablarme delante de nadie, si no cuando yo te llame: bastaria que la condesa conociera que poseias mi confianza, para que te alejase de mi lado.

Guz. No os he dado, señor, la enhorabuena, porque tiene que ser mezclada con un pésame: sin la muerte que lloramos, no seriais hoy conde. Pero tened confianza; os esperan tambien los títulos y estados de vuestro tio...

Car. Herencia que no ambiciono, porque habrá de costarme la pérdida de tan cara persona.

Guz. Pero, como quiera que sea, ha de llegar ese caso por desgracia; y con tan inmensas riquezas, qué podrá resistir á vuestros deseos?

Car. La voluntad de hierro de mi madre; (*con sijilo.*) pretende que me case sin demora.

Guz. Ni aun dejará pasar los primeros dias de duelo?...

Car. Eso supone poco ante el vivo deseo que de cumplir su propósito le anima. Dice que este enlace puede verificarse sin público aparato, con asistencia solamente de los individuos de ambas familias... ¡Oh! primero daria fin á mis dias.

Guz. Pero... qué ventajas puede traeros el enlace con esa duquesita orgullosa?

Car. Apenas la conozco!

Guz. Un dia fuí á su palacio con un recado de la señora, y... por cierto que no he visto nunca mas altaneria, ni mas orgullo reunidos... ni aun se dignó mirarme! He aqui por lo que yo creo que no puede haceros feliz, por su carácter altanero. Riquezas... no las necesitais... ni creo que es oro todo lo que brilla; títulos y honores, os sobran; á qué, pues, forzar vuestra voluntad?

Car. Una de las razones que la obligan á impedir mi enlace con Isabel de Moncada, es la diferencia de rango.

Guz. Como si fuera hija de un cualquiera! Pues á fé que si no era hija de un señor de vasallos, lo era de un noble maestre de campo que murió gloriosamente en Sierra-Nevada, acuchillando como valiente á los sarracenos. Pero yo me detengo y no cumplo con vuestro encargo....

Car. Mira, Guzman: (*se ve venir á la condesa con el marqués, por la galería; aquella detiene á este, y escuchan el diálogo de Carlos y Guzman.*) es imposible que yo deje de ver á Isabel un dia entero; y puesto que no puede faltarle ocasion, dila que al anochecer esté, como siempre, junto á la cruz de piedra. Yo procuraré salir á toda costa.

Guz. Sereis obedecido en todo; y para no encontrarme con nadie, saldré por la encrucijada de los cinco caminos: pronto estaré de vuelta. (*sale.*)

ESCENA IV.

Carlos. *Poco despues la* Condesa, *el* Marques.

Car. Dios mio!... Dios mio! Qué amarga vida me espera... Cómo lograria yo vencer el cúmulo de obstáculos que se opone á mi felicidad! (*la condesa hace ruido, para figurar que llega; Carlos vuelve la cabeza y se sobresalta viendo á su madre.*) Cielos!... La condesa! (*sale al encuentro y la besa la mano con respeto.*) Señora...

Con. Siempre en secretos con Guzman!

Car. Habeis visto...

Con. Si, he visto desde el principio (*disimulando.*) de la galeria que Guzman se despedia, y marchaba precipitadamente. No querreis nunca seguir mis consejos? Cuánto mas ventajoso seria para vos dejaros guiar por la esperiencia de los viejos y leales servidores como Alberto, que de jóvenes sin mundo y sin.. educacion.

Mar. Hermana mia, yo disculpo en eso á mi querido sobrino, porque es mucho mas natural que prefiera los jóvenes, á aquellos cuya edad no está en armonia con la suya.

Con. Siempre disculpándole!

Car. (Qué diferencia de caractéres!)

Con. Supongo que hoy no saldreis, Carlos; esta noche, prescindiendo del triste motivo que nos aflije, (*sin demostrar el menor sentimiento.*) debe venir tu prometida á darnos el pésame, y debes estar aqui. (*Carlos y la Condesa hablan entre si, esta con altanera gravedad y aquel con sumision.*)

Mar. (Es imposible! La afliccion en los labios, y la mas serena tranquilidad en el corazon! Yo creo que he sentido mas que ella la muerte de su esposo.)

Con. Si, Carlos; es cosa ya acordada... Vuestro tio lo aprueba No es asi, hermano?

Mar. Sin duda!... Es decir... si mi sobrino no se opone formalmente.

Con. Cómo oponerse! Tu sobrino nó puede tener mas deseo, voluntad, ni decision que lo que yo disponga.

Mar. Segun y conforme, hermana: en un asunto de que pende la felicidad de su vida, su voto debe ser el primero.

Con. Qué debilidad!... No tienes carácter... Acabas de decirme...

Mar. Acabo de decirte que apruebo ese enlace, es cierto; pero tú me has ocultado la repugnancia de Carlos, que yo acabo de entrever en el corto diálogo que habeis seguido. Ostigado yo por la desgracia, sumido en la desesperacion á que me condujo el horrible suceso, que... ni aun recordar quisiera, (*la condesa se turba visiblemente; el marqués no fija la atencion en ella.*) he pasado mis dias, acibarados por los mas agudos dolores, entre el luto y la melancolia. Por esto quiero evitar á toda costa que las personas que me son queridas, arrastren una existencia penosa y aflictiva, tal como la que yo tengo, y que probablemente, solo con la muerte podrá acabar. Lejos de mi la idea de amargar la existencia de mi pobre Carlos... si... lejos de mi! apruebo el enlace, si él le aprueba; pero si le repruebа, tambien yo le repruebo.

Con. (*serena ya.*) Y si él desea cometer un desacierto...

Mar. Sabré desaprobarle del mismo modo: lo que yo deseo es su felicidad; y es mal modo de proporcionársela, obligarle á contraer un enlace que odia con todo su corazon. Vamos á ver, Carlos, dime francamente si repugnas desposarte con tu prometida. (*Carlos mira con ti-*

midez á la condesa.) Yo soy quien te habla, y á mi es á quien debes mirar: la primera prenda que debe tener un caballero, es la veracidad; no debe haber respeto alguno que le obligue á decir una cosa por otra. ¿Repugnas ese enlace, ó no?
Car. Si señor.
Mar. Amas á alguna otra joven, por ventura?
Con. No faltaba mas! Sin mi anuencia...
Mar. Eh! nò hablo contigo. Contéstame, Carlos, amas á otra?
Car. Si señor.
Mar. Yo supongo que habrás cuidado del lustre de nuestra casa, que estarás muy lejos de tratar que por tu causa se amengüe el nombre de la familia, y por consiguiente, que no será tal tu amada que te obligue á avergonzarte de tu eleccion. No es asi?... Vamos, quién es?... Cómo se llama?
Car. (*bajando los ojos.*) Doña Isabel de Moncada.
Mar. *y* Con. Doña Isabel de Moncada!
Con. Primero os veria muerto!
Mar. Conocí muchísimo á su padre, y á fé mia que era un valiente y cumplido caballero; no tiene títulos, es verdad, pero su nobleza á ninguna cede, á ninguna! Apruebo tu eleccion, querido Carlos; la apruebo, porque me constan las virtudes y nobleza de esa joven.
Con. Las virtudes! Y es eso todo lo que se necesita? Sabeis la miseria en que vive? Sabeis?...
Mar. Precisamente por eso lo apruebo, mas que por nada. Si su nobleza compite con cualquiera otra, y es igual á sus virtudes, en quién mejor puede Carlos emplear sus inmensas riquezas?
Con. Esas... Será segun y conforme...
Mar. En verdad que no te conozco, hermana! Quién puede quitarle las posesiones que hace pocos dias heredó de su padre? Aunque hoy tú lo manejes y dirijas por causa de su menor edad, no está lejos el tiempo en que tendrás que entregárselas. En cuanto á mis títulos y estados, sabes muy bien que te di mi palabra de legarlas á Carlos, y que no contenta con esto, no me dejaste reposar un instante, hasta que hice testamento á su favor. Conque, si tantas riquezas posee, ¿á qué ambicionar mas? ¿Por qué no ha de hacer dichosa á una digna joven que vive sumida en la desgracia?
Con. Pero si contrajese un matrimonio tan disparatado...
Mar. Seria una razon mas para que yo le nombrase mi heredero.
Con. Es una miserable especuladora!
Car. (*con dignidad.*) Señora!...
Mar. Eres muy injusta, hermana mia... No la conoces.
Con. Ama á Carlos, porque ve en él un medio seguro de socorrer su miseria!
Mar. Me irrita tanta obstinacion! Y qué quiere ese duque lleno de pergaminos, que te asedia para que se verifique el enlace de su hija con Carlos... qué quiere?... No quieres decirlo?... Pues yo lo diré.
Con. Repara lo que dices!
Mar. Quiere pagar con las riquezas de tu hijo, sus infinitas deudas; trata de nivelar sus asuntos á costa nuestra, y á la misma evitar una ruina vergonzosa. He aqui el gran secreto!
Con. Si tú le apoyas de esa manera... cómo he de estrañar que no quiera obedecerme!
Mar. Yo no me presto jamás á sostener injusticias: no quiero, mientras yo viva al menos, ver una víctima mas en nuestra familia: harto he sufrido por mi mal entendida condescendencia. (*se ve venir á Alberto por la galeria.*) Pero... quién viene? (*la condesa se acerca al foro y habla en secreto con Alberto: en tanto el marqués dice á Carlos:*) Eh! no estés triste y abatido... muda de carácter, ó te sucederá lo mismo que á tu infeliz padre. Confia en mi y cuenta con todo mi apoyo.
Car. Qué bueno sois, querido tio!
Mar. Dime... en efecto, está muy pobre Isabel?.. Es natural! Huérfana de un noble y pundonoroso militar, qué ha de poseer! El la legaria una espada teñida en la sangre de los hijos de Ismael... circundada de gloria... pero, ¿qué es esto para una tierna doncella?... ¿La has socorrido alguna vez?
Car. Jamás, porque quise hacerlo una, se ofendió en términos, que renuncié á importunarle de nuevo.
Mar. Esa es una delicadeza muy bien entendida; pero... hay medios... hay medios de hacerlo sin que se sepa de dónde viene... Precisamente ahora me ocurre uno escelente... sin igual. Tú no puedes desprenderte de grandes sumas, porque estás propiamente á tutela: ven á mi habitacion y allí te manifestaré la idea que tengo. Y puesto que soy sobradamente rico, yo la socorreré sin que pueda apercibirse de ello.
Car. Sois una providencia para mi! (*le besa la mano.*)
Mar. Hijo mio! (*conmovido.*) Ah! me arrebataron el único que tenia... pero has quedado tú para consolarme, en lo posible, de tan grande pérdida; y mereces, como aquel, todo mi cariño. Vamos... vamos... desechemos de la imaginacion esta idea aflictiva y desgarradora! (*la condesa y Alberto siguen hablando, sin perder de vista al marqués y á Carlos. Estos hablarán siempre á media voz.*)
Car. (*á la condesa.*) Señora... con vuestro permiso.
Con. (*á Carlos.*) Recordad que al anochecer os espero en mi habitacion. (*vanse Carlos y marqués.*)

ESCENA V.

Condesa, Alberto. (*Vienen á la escena.*)

Con. Lo que te digo, Alberto... está todo perdido.
Alb. Pero señora... se acude al remedio.
Con. No te he dicho que mi imbécil hermano le apoya, y le presta todo género de auxilios?
Alb. Aunque así sea, no debeis confesaros derrotada: sois, es verdad, menos fuerte; pero si no es posible que declareis abiertamente la guerra, hacedla disimulada, y... esta, si se quiere, es de mas seguro éxito.
Con. O son falsos tus espias, ó no cuidas como debieras de atender á sus avisos. ¡Es posible que deba yo á una casualidad la noticia de que han de verse esta noche!
Alb. Quiénes, señora?...
Con. Carlos é Isabel... junto á la Cruz de piedra. Oh!... ahora se casan sin remedio .. Quién podrá impedirlo, protejiéndolos mi hermano!
Alb. Vos podeis.
Con. Yo!

Alb. Sin duda!
Con. Cómo?
Alb. Bien fácilmente; pero... juzgo que seria harto mejor cortar el mal de raiz.
Con. Qué dices!
Alb. Puesto que estais decidida á impedir ese enlace, ¿qué va á lograrse conque hoy no se vean? Mañana se verán, y sino otro dia.
Con. Esplicate sin recelo.
Alb. (*con tono siniestro.*) Yo me encargo, señora, de hacer que no vuelva Isabel á ver al señor conde.
Con. Qué horror!... Otro crimen!
Alb. (*despues de reflexionar.*) Pues ensáyese un medio... suave y sencillo.
Con. Veamos.
Alb. La señora abadesa, vuestra prima, tiene á su cuidado varias educandas; no puede desentenderse de serviros; y á su lado, bajo la férula de tan recta persona, podria curarla de ese amor ambicioso que la domina.
Con. Imposible! Mi prima es demasiado virtuosa para prestarse á secundar mis deseos en ese punto.
Alb. Hay mas de que no sepa la verdad del caso?
Con. Pero en cuanto Isabel llegue, manifestará lo ocurrido: sor Clotilde avisará inmediatamente, y es muy facil que mi hermano se aperciba de todo. Esto... en el caso de que se logre que vaya Isabel.
Alb. Que vaya Isabel! Inutil seria tratar de que fuese... pero es muy facil llevarla.
Con. Y seriais capaz de emplear la fuerza!...
Alb. Sin duda alguna. No son estos asuntos para obrar á medias: dado el primer paso, no es posible retroceder. Pero estos, señora, son accesorios que no deben estar á vuestro alcance: vos sois la voluntad que determina, yo el brazo que ejecuta. Y basta dar concluido tan importante negocio, sin poner en vuestra noticia los pormenores que en la accion figuren.
Con. Pero cómo ha de lograrse que mi prima...
Alb. Nada es mas fácil. Siempre encerrada en el monasterio, de que es superiora desde sus primeros años, su virtud es tan grande como su candidez: vos conoceis, por esperiencia, cuan facilmente se la persuade y convence. Yo dispondré de tal modo las cosas, que Isabel pase por demente, os lo aseguro; y no darán crédito á nada de cuanto diga, sufriendo una correccion por cada queja que exhale. Es inútil que yo pierda un tiempo precioso, manifestando el escelente plan que he concebido; basta que os dé cuantos detalles querais, á mi regreso. El sol va á ponerse, y puede malograrse la ocasion: ved si gustais advertirme alguna cosa sobre este asunto, porque debo hablaros de otro... el mas importante!
Con. (*como luchando con un remordimiento.*) La necesidad es imperiosa... es una fatalidad... pero indispensable!
Alb. Vacilais!
Con. (*con resolucion.*) Antes de partir, sube á mi habitacion y te entregaré la suma que juzgues necesaria para el objeto. Veamos lo que tienes que decirme.
Alb. Me es muy sensible recordaros... pero se hace indispensable adoptar una medida; cualquiera que sea, para hacer enmudecer á Hernando. (*con marcada intencion.*)
Con. Me causa horror!
Alb. Y no es sin motivo. Esta tarde, poco antes de la fúnebre ceremonia, le encontré hablando con Guzman, y dirijiéndole yo!.. no sé que palabras acerca del diálogo que tenian... lo creereis, señora! Fijando en mi su vista con aquella mirada tan penetrante y glacial... osó decirme, marcando mucho sus palabras, «que estaban hablando de la horrorosa ocurrencia del 27 de mayo de 1469.
Con. (*con el mayor terror.*) Dios mio!
Alb. Y no es la primera vez.
Con. (*cuasi fuera de si.*) Ah!.. que horror!
Alb. Silencio, señora, silencio! La menor indiscrecion nos perderia! si de esto os hablo, es solamente para que vivais precabida. Por mi parte... desgraciado de él, si dá motivo... pero siento pasos...
Con. No mas sangre, por Dios!
Alb. Primero vos, señora... Luego yo! . Si se empeñan... si me obligan...
Con. Callad!.. gente viene, en efecto.
Criado. (*anunciando.*) La señora duquesa, ha llegado. (*vase.*)
Con. Subid, Alberto. (*vase la condesa.*)

ESCENA VI.

ALBERTO.

El golpe es seguro! El conde no puede salir... está haciendo la visita á su prometida... me bastan cuatro hombres de confianza y... sobran, ocurra lo que quiera. Voy á tomar mi máscara y á reunir mis secuaces. Ah! me falta subir á recojer la cantidad necesaria.. Qué diablo De un crimen la hago caer en otro... pero la tengo segura y necesita comprar mis servicios y mi silencio á peso de oro, sigamos por tan provechosa senda, que me hace poderoso, y no nos curemos del porvenir.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

CUADRO PRIMERO.

El teatro representa una dilatada campiña, con árboles diseminados por la escena.—A la derecha del espectador una gran cruz de piedra, con su pedestal.—Muy en lontananza algunos edificios.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL, UNA CRIADA.

Isa. Espérame, Matilde, y no te alejes; quiero estarte viendo desde aquel pedestal. (*la criada se retira.*) Que soledad! (*avanzando.*) La hora ha pasado ya y Carlos no ha venido! Me habrá engañado tal vez el mensajero?.. Imposible! Es su mas fiel criado... Dios mio!.. Que desgraciada soy! Le habrán impedido salir... ó quizás él mismo... pero no le calumnie mi labio, cuando tanto sufre por serme fiel. (*da algunos pasos por la escena.*) Yo no sé porque esta noche me inspira terror este sitio, en que he sido tan dichosa! Pero.... un horrible presentimiento me mortifica y ahoga.

(se oye un grito como sofocado, despues de haber atravesado por la escena dos enmascarados: Isabe llena de terror, vuelve la cabeza hácia el sitio de donde la voz vino y sobrecojida quiere huir.)

Dios mio!.. Matilde!.. Ha desaparecido... ¿Qué vá á ser de mi, Dios de bondad!.. Huyamos!

(Quiere huir, pero al mismo tiempo sale Alberto de unos árboles, que están á la izquierda del espectador: le siguen dos enmascarados: cojen á Isabel, que quiere gritar; pero ellos la tapan la boca.)

So...cor...ro!!!

ALB. Taparla bien la boca y á caballo! Eh! señorita, silencio!.. y que no tenga que volver á repetirlo. Hablando sin rodeos, debo deciros que la menor indiscrecion os costaria la vida, al paso que vuestro sufrimiento y silencio, os harán llegar sana y salva á vuestro destino. Llevadla, (*á los enmascarados.*) que yo os sigo. (A estos bandidos, con poco se les paga... digo poco, respecto de lo que he recibido. Porque hice mi negocio. (*vase.*)

ESCENA III.

ENRIQUE *vestido á la chamberga con trage azul desde las botas al sombrero.*

Una infamia mas! A fé que estas van haciendo ya demasiado peso en la balanza! Este es Alberto sin género de duda, porque para mi su máscara es tan diáfana, como si de cristal la tragese. Diablo! Ya tuve por dos veces empuñado mi acero, mas... que hubiera hecho yo solo, contra cinco, y... sabe Dios los que estarian emboscados; porque los bribones, de suyo son cobardes y rara vez emprenden cosa árdua, sin jente que les guarde las espaldas. En otra ocasion hubiera acometido y corrido el riesgo sin dificultad, mas hoy es mi vida harto necesaria y no debo esponerla á ciegas... porque tengo quereparar injusticias... que solo yo puedo reparar. Pero quién llega? (*se retira hàcia los àrboles.*)

ESCENA IV.

Dicho, HERNANDO, GUZMAN.

GUZ. (*rodeando el pedestal.*) Es en vano! Nadie hay, ni es hora ya tampoco de que aqui estuviese.

HER. Pues no es mala noticia para el conde!

GUZ. Como que ya no me atrevo á volver al palacio.

HER. Y ni aun nos queda la esperanza de que esté en su casa: porque yo vengo de ella.

GUZ. Y quién es el que vuelve al palacio con tan triste nueva?

HER. Calla! pues alguna vèz hemos de volver, so pena de desertar para siempre.

GUZ. Mira... quieres creerme?

HER. En oyéndote, veremos.

GUZ. Llégate á la ermita que dista unas cincuenta varas de aqui, y salimos de dudas. El santo y anciano cenobita que cuida de la sagrada imágen, tiene abierta la puerta de dia y de noche.

HER. Ay! Guzman amigo... me temo una desgracia!

GUZ. Al anochecer estaban en conciliábulo la condesa y Alberto, á pesar de que habia rato que la duquesa estaba esperando. Oi sonar dinero y...

HER. No me digas mas... ellos han hecho el milagro. Qué haremos, Dios mio, qué haremos! Voy á la ermita, ó...

GUZ. Pero serian capaces de asesinar esos verdugos á tan linda é inocente joven?

HER. Lo dejarian por compasion! Conque no perdonó á su propia sangre!

GUZ. Qué horror!

HER. Voy! No perdamos tiempo.

GUZ. Detente, Hernando, detente. A esta hora no puede ya estar allí. Esta noche podremos buscar cualquier soldadura á tan desventurado negocio; al rayar el alba salgo á continuar mis pesquisas; y á las ocho ó las nueve tal vez podré dar á mi señor buenas y exactas noticias. (*Enrique se acerca.*)

ENR. En cuanto á buenas... lo pongo en duda; y en cuanto á exactas, lo niego rotundamente.

GUZ. (*empuñando la espada.*) Quién es el osado que se atreve...

ENR. (*mirando à la espada de Guzman.*) Qué haceis?.. Qué delirio! No soñeis en baliros, porque... por Santiago mi patron, que no estoy de humor de reyertas. Sosegaos, buen Guzman. ¿Quién os acompaña... el fiel Hernando?

GUZ. Y qué os va en ello á vos?

HER. Esta voz (*ap.*) no me es desconocida!

ENR. Qué!... No os fiais de mi? Vaya! Pues para que veais cuan enterado estoy del negocio que os ocupa, os diré... sin vacilar, que es dificil adivineis el paradero de doña Isabel de Moncada... por no decir imposible; y por consiguiente mal podreis llevar buenas noticias, estando ella, como á estas horas está, en poder de sus enemigos.

GUZ. Dios eterno!

HER. (*que ha permanecido bastante retirado, se acerca y esclama.*) Será posible!

ENR. Sosegaos! Está bajo mi proteccion.

GUZ. (*con sarcasmo y rabia concèntrada.*) Oh! pues entonces...

ENR. Eh! No tratemos de burlas... estoy en posicion de protejerla y vosotros no: á vosotros se os espia y á mi no; vosotros estais destituidos de poder para el caso, y yo le tengo tan amplio como es menester...

GUZ. Pero quién sois vos que con tanta seguridad hablais... que cuasi me obligais á creeros..? Quién sois?

ENR. Yo!.. no lo sé! Y aun cuando os dijera mi nombre... poco sacariais en limpio: conocedme por el nombre que por esta comarca me dan... soy el hombre azul.

GUZ. Señor! (*con el mayor respeto y con la cabèza descubierta.*) Vos sois el hombre azul!

HER. Dispensadme señor. (*como Guzman.*) Si la oscuridad de la noche no me ha permitido conoceros. Como tampoco he tenido la honra de hablaros mas que muy pocas veces...

ENR. A que esos cumplimientos! Lo mismo sabeis ahora quien soy, que media hora antes.

GUZ. Oh! yo he oido hablar de vos á Hernando; hace mil elojios y dice...

ENR. Bien! No es ahora del caso lo que dice... escuchadme. Vosotros ignorais el paradero de Isabel... pues sabed que esos bandidos la han arrebatado!

HER. Dios mio!

ENR. Y no es este el primer delito que comet'en

Ah! infame condesa!.. Noble señora que bajo el esterior de opulenta dama, alberga un corazon de bandido, las costumbres de un impio y, por fin, el alma de un precito! Alto rango... brillante fortuna .. opulencia... dorados alcázares, numeroso séquito... estos son muy alhagüeños objetos, y por conservarlos, por aumentarlos cométanse crimenes... asesinatos... sacrilejios, todo es sacrificio permitido ante las aras del único ídolo á que rinde culto y tributa adoracion! Pero en cambio, los esquisitos manjares que diariamente la sirven de sustento, los come teñidos en sangre! Horribles fantasmas le atribulan y privan de reposo... al paso que estas manos que contribuyeron á la construcion de la ciudad de Santa Fé, son dignas de un conde... pero esto no es ahora del caso: volvamos al asunto que os inquieta; ¿os he dicho que la han arrebatado? Pues oid como pasó. Llegaba yo á la fuente del ánade, cuando vi dos enmascarados que cojian á una muger...

Guz. Dios mio... á doña Isabel!

Enr. No, joven! Por el trage, era sin duda su criada.

Guz. Matilde!

Enr. Matilde ó Célia, para el caso todo es uno. Acelero el paso, llego al fin de la senda con ánimo de atacarlos, y desde alli veo otros, tambien enmascarados; eran tres, de los cuales uno hacia como de jefe. (*á Hernando.*) Asi Dios me proteja, como creo adivinar quien era aquel malsin.

Her. Oh! si, sin duda.

Enr. Varias veces tuve impulsos de acometerlos; pero siendo tan desigual el número, é ignorando los que pudiera haber emboscados, no me determiné á hacerlo: tú sabes, Hernando, si importa por ahora conservar mi vida.

Her. Oh! Dios nos libre de una desgracia por vos y... por todo!

Enr. Taparon á Isabel la boca, diciéndola que llegaria sana y salva á su destino, si callaba y no hacia resistencia, y... se la llevaron!

Guz. Por qué camino?

Enr. Eso lo sé yo y nadie mas lo sabrá, por ahora: porque un ciego y mal entendido celo, puede hacer que llegue á noticia del condecito y que este cometa alguna muchachada. Si ellos supieran... disparate! El poder del hombre azul, no es aun suficiente contra el de la condesa.

Her. Pero señor... No darle ninguna noticia que pueda endulzarle la fatal nueva.... es demasiado!

Enr. Sabeis, Hernando, que gusto de que se me obedezca sin réplica.

Her. Disponed de mi.

Enr. Por esta noche, solo debeis decirle que llegasteis tarde á la cruz de piedra, y que ya no estaba en aquel sitio Isabel. Mañana buscadme cuando el sol haya derramado su luz por estas deliciosas campiñas. Cuasi me atrevo á responder de la vida de Isabel, con la mia. Ea! leales servidores, me es forzoso quedarme solo: haced lo que os he dicho sin vacilar, y hasta el nuevo dia, en el que recibireis noticias, mucho mas exactas que las que vos os prometiais, buen Guzman. Marchad y tened confianza en mi. (*saludan á Enrique respetuosamente, este llama à Hernando.*) ¡Hernando... no te olvides del hombre azul, ya que con este nombre me designan todos y.... pero escucha. (*Guzman en el fondo.*) Cuando podremos ver esos papeles?

Her. Cuando gusteis: estarán en mi poder en el momento que los pida. (*siguen hablando en voz baja.*)

Guz. (*ap.*) En todas partes misterios! Pero él parece un gran señor y un escelente caballero. A fé mia que infunde respeto y confianza!

Enr. A Dios... y cuenta con lo dicho! (*vuelven á saludar y se retiran.*)

ESCENA V.

Enrique.

Magnífico! El desenlace se anticipa. Qué diablo! Buscar en este mundo satisfaccion completa, es como querer poner dique á un torrente que se despeña. Ahora que yo veia completa mi felicidad, viene á acibarar el contento esta fatal ocurrencia .. pero á propósito! Es tiempo de pensar en este asunto... que no es por cierto muy llano. (*da tres pasos y con un silvato que llevará pendiente de una cadena, dá un silvido prolongado.*)

ESCENA VI.

Enrique, Nuño, Rodrigo.

Enr. Ola! Ha mucho tiempo que esperais?

Nuño. Aun no hace un cuarto de hora.

Enr. Dime, Nuño; ¿conoces el edificio que está al fin de esa senda? (*señalando por donde llevaron á Isabel.*)

Nuño. Perfectamente! Como que he nacido en estos contornos.

Enr. Bien! (*ap. como reflexionando.*) Sin duda alguna debe estar en el convento: la superiora es prima de la condesa. (*alto*) Ves inmediatamente á los alrededores del convento que segun dices, tanto conoces, y observa si alguien sale de él.

Nuño. La noche es harto oscura y pudiera ser que alguien saliese sin que yo...

Enr. Imposible!

Nuño. Tendré que estar emboscado...

Enr. Se supone: pero yo deseo que veas si algunos salen á caballo; y esto, no es facil se verifique sin que te apercibas de ello. (*como reflexionando.*) Si... por el tiempo que ha trascurrido, alli deben estar..! ó tal vez los encuentres de vuelta: si fuese asi, vienes á decirmelo: pero en el caso contrario... permanecerás alli hasta que raye el dia, y entonces vendrás á este mismo sitio á reunirte conmigo. Tú, Rodrigo, por lo que ocurrir pueda, le acompañarás. Amigos mios, esta es una diligencia del mayor interés; y por esperiencia sabeis que jamás me ocupé de bagatelas: hacedlo y baste que yo os asegure que en ello me hareis un particular servicio.

Nuño. Es suficiente que á vos os interese, para que lo hagamos con tanto placer como actividad (*se retiran en direccion del camino por donde llevaron á Isabel.*)

ESCENA VII.

Enrique.

En tanto que el momento llega, combinemos las ideas que bullen y andan como en dispersion en mi cabeza. (*se embosca.*) Reposemos hasta que el alba aparezca. (*coloca la capa en el suelo y se recuesta á vista del espectador.*) Cobremos vigor, porque á fé que árdua! empresa nos espera. (*cae el telon.*)

CUADRO SEGUNDO.

Jardin del convento, con puerta practicable en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

Alberto y Tellez *el jardinero, ocupado en sus trabajos.*

Alb. (*ap.*) Todo va bien: pero mi perseguidor, ese que me persigue con la misma asiduidad que la sombra al cuerpo, me inspira serios recelos... Por otra parte... mis espias me han indicado cosas que no debo echar en olvido ... Bueno será tener prevenida mi gente, y no sucumbir por falta de precauciones. (*sale precipitadamente.*)

Tell. A dónde irá tan deprisa ese infame! Digo infame, por sospechas que tengo, y... porque es imposible encontrar un alma noble bajo esterior tan perverso.—Pardiez! Que el sol abrasa hoy de veras, á pesar de que le falta poco para ocultarse: cómo ha de ser! Asi lo ha querido mi desgraciada suerte: pero... afuera pensamientos melancólicos, y arreglemos aquel cuadro que el huracan de la pasada noche descompuso. (*continua trabajando. Aparece Enrique en el umbral de la puerta, y el jardinero trabaja de espaldas á aquella.*)

ESCENA II.

Tellez, Enrique, *sin el trage azul.*

Enr. Que diablo! Todos los hombres se venden; la dificultad está en atinar en que se aprecia cada uno, y de qué género es la moneda que prefiere. Esploremos (*avanzando.*) á este. Buen dia, camarada!

Tell. Dios os guarde. (*suspende el trabajo y espera á que Enrique entable la conversacion.*)

Enr. O mucho me engaño, ó vos habeis servido en el mismo tercio que yo... en el de Don Lope de Ulloa y Quijada.

Tell. Os equivocais.

Enr. No habeis servido?.. Pues ademas del trage, cuyos restos indican lo que yo he creido, juraria haberos visto junto á Alhama

Tell. Poco á poco, señor, he servido, si; pero no en el tercio de ese valiente á quien habeis nombrado, y á quien perfectamente conozco. Me hallé, en efecto, al frente de Alhama, pero á las órdenes de don Diego de Moncada ... (*Enrique hace un movimiento de sorpresa, pero se repone en el instante.*) y quiero recordar vuestra fisonomia y vuestra voz... y ambas cosas me traen á la memoria... no á un simple camarada, sino á un bizarro maestre de campo.

Enr. Se parecia á mi?

Tell. Como yo á mi mismo.

Enr. Diablo de casualidad! Con que por lo visto, hemos servido juntos?

Tell. Servi muchos años; fui mas de lo que parezco; pero un compromiso de honor me obligó á abandonar mi carrera, y ahora ni quiero acordarme de lo que fui... ni de lo que soy. Por lo tanto, mudemos de plática, y decidme en qué puedo serviros.

Enr. En nada por ahora... Curioso por naturaleza, vi la puerta abierta y me asomé á mirar este lindo jardin. Os vi, quise recordar vuestra fisonomia, y por ella vinieron á mi imaginacion las gloriosas pasadas campañas, y me atrevi á incomodaros, porque... es gran gozo el que se recibe cuando dos camaradas recuerdan sus propias glorias. Si os incomodo...

Tell. Nada menos que eso. Como las religiosas no os vean y se asusten...

Enr. Tan medrosas son, camarada?

Tell. Ya podeis comprenderme.

Enr. Sin duda. (*ap.*) Por dónde empezaré? (*alto.*) Amigo, que feliz sois dedicado á tan hermosa vida! Debe de ser muy buena.

Tell. Como todas, cuando se llevan con gusto.

Enr. Me asalta el deseo de ser vuestro ayudante.

Tell. De buena gana tomára compañia, pero no tengo facultades para tanto... Solo la superiora podria complaceros.

Enr. Suele bajar á este sitio?

Tell. Rara vez: porque este jardin es solo de las educandas; las monjas tienen una huerta esclusivamente para su recreo, á la cual ni aun yo mismo puedo llegar.

Enr. Pues yo aceptaria el mas pequeño partido, por quedarme con vos... Qué! Aun sin ningun jornal.

Tell. Raro capricho! Tan de sobra estais? (*con sonrisa maliciosa.*) Por Santiago, nuestro patron, que no soy tan ignorante como imaginais... Quereis persuadirme que solo por ocupar tiempo deseais ayudarme á cultivar el jardin?

Enr. Por lo menos ya me darian mi racion; y en estos tiempos tener la racion segura .. no es una friolera!

Tell. La racion!.. nunca faltan medios de bandearse y... mucho menos á un veterano como vos, por honrado y pundonoroso que sea. Vuestro objeto será!.. el que fuere; no trato de entrometerme á averiguarle: si debo advertiros que conozco no seria razonable que de golpe os fiaseis de un desconocido; pero, en todo caso, con la verdad y franqueza se me gana; y á fé de soldado español, os aseguro que si os dirige hácia este sitio la idea de acometer una empresa digna, desinteresadamente me ofrezco á ayudaros del modo que pueda.

Enr. Creo que desde el dia en que dejé el servicio de las armas, no he hallado una persona que mas simpatice conmigo. Bien... muy bien! Vamos á entendernos facilmente. Soy algun tanto práctico en conocer lo que revela cada fisonomia que á mis ojos se ofrece: la vuestra y las palabras que acabais de proferir, no pueden engañarme. Solo resta que á fé de soldado valiente, y por la cruz de vuestra antigua espada, jureis no revelar á persona alguna nada de cuanto voy á deciros; que me ayudareis,

porque podeis hacerlo, á llevar á cabo mi noble empresa, y en el caso de que razones particulares os lo vedasen, os mostrareis completamente neutral y...

Tell. Basta! Todo os lo prometo y juro por la cruz de mi antigua espada y del mismo modo que vos lo exijis.

Enr. Confio en el juramento de un soldado valiente. Me habeis dicho que servisteis á las órdenes del maestre don Diego de Moncada?

Tell. Asi es.

Enr. Profesabais afecto á vuestro gefe?

Tell. Le queria como á mi vida, porque se la debí junto á Toro. Cuatro ó cinco portugueses me acosaban cuando sitiabamos la citada ciudad, defendiendo los derechos de nuestra católica soberana doña Isabel (*los dos llevan la mano al sombrero con aire marcial.*) contra la hija de Enrique IV; y sin el desprecio que de su vida hiciera mi ilustre gefe por salvar la mia, no sé como lo hubiera yo pasado con aquellos malsines.

Enr. Esa es una deuda sagrada, que estareis, sin duda, pronto á satisfacer.

Tell. (*conmovido.*) Ah! El desgraciado no existe ya! Yo mismo recogi sus últimos suspiros en Sierra Nevada, y... como no satisfaga en sufragios y oraciones... Qué diablo! Habeis tocado la fibra mas sensible de mi corazon!

Enr. Ese sentimiento os honra y ennoblece: sé muy bien... (*marcando mucho sus palabras.*) tan bien como vos, que el valiente Moncada falleció victima de su heroismo... pero, camarada, si no habeis satisfecho la deuda al acreedor, estais en la obligacion de hacerlo con sus herederos.

Tell. Cómo!.. qué decis? Hay un heredero del ilustre maestre que pueda necesitar de mi ausilio? Disponed de mi! mi brazo... mi existencia... todo está á vuestras órdenes.

Enr. (*conmovido.*) Oh digno compañero mio! Reconozco en vos toda la nobleza que buscaba! (*bajando la voz y llevándole por un brazo hácia el proscenio.*) La hija única de vuestro gefe, la hermosa Isabel, está espuesta á perecer, victima de una horrible trama.

Tell. Dios mio! Volemos á socorrerla. . indicadme qué debo hacer.

Enr. Silencio! Estamos en terreno enemigo! (*bajando mas la voz.*) Está aqui!

Tell. (*con sorpresa.*) Está aqui!

Enr. Aqui la han traido esta noche pasada, cuatro ó cinco infames mercenarios, vendidos á una muger mas infame, si es posible, que ellos!

Tell. Por el apostol Santiago! Esa señora que anoche trajeron, era...

Enr. La hija de Moncada!

Tell. Pero si oí decir á Lain el mandadero, que era una joven medio demente, que á costa de una buena pension, habian consentido en admitirla como educanda para...

Enr. Para perderla... para asesinarla!

Tell. Para que por medio de diarias correcciones olvidase un devaneo... Pero ella ablandaba las piedras con sus sentidos acentos, aunque decian que todo era una farsa bien estudiada por la joven; farsa que habia de abandonar con el egemplo de las religiosas, con la correccion y... tal vez con el castigo.

Enr. Villanos, infames!

Tell. Esto es lo que he oido.

Enr. Mandaba esa tropa de bandidos un tal Alberto?

Tell. Lo ignoro. Fue ya entrada la noche y no estaba yo aqui. Pero... Alberto decis! Ese es un mayordomo de la prima de la superiora.

Enr. El mismo.

Tell. Pues aqui es tenido por un santo baron, y sus palabras solo revelan religion y moralidad.

Enr. Malvado hipócrita! Asi es menester para deslumbrar la candidez de la abadesa. Pero, cómo está Isabel? Está enferma? Esto seria una fatalidad!

Tell. Buena no es posible que esté. Pero á estas horas habrá escuchado ya tres ó cuatro sermones, y la habrá sido forzoso armarse de paciencia, al oirles decir que vuelva en su acuerdo. Las educandas se han compadecido mucho, y esto siempre es una ventaja para ella. Hoy para ver de distraerla, han pedido permiso á la superiora para merendar en el jardin.

Enr. Luego van á bajar!.. Tal vez ella... bajará tambien.

Tell. Sin duda alguna.

Enr. O pronto, ó nunca! Los males graves exijen remedios enérgicos, instantáneos, decisivos. Mirad, camarada; les he seguido paso á paso: sé cómo se verificó el rapto, y otras cosas cuyo relato seria tan largo, como inútil. Antes de amanecer sabia yo que ella estaba aqui, y deje emboscados á mis auxiliares, prontos para lo que ocurra.

Tell. Cerca?

Enr. Y tanto, que con hacer yo una señal, que de muy antiguo y para otros objetos tengo convenida con ellos, estaran aqui á mis órdenes. Se hallan situados á la izquierda del bosquecillo de los avellanos...

Tell. Entendido gefe! aquel sitio es á propósito por su fragosidad, y que por él nadie transita, porque para ninguna parte es camino.

Enr. Oh! yo sé lo que hago! por consiguiente....

Tell. Virgen de la ermita... que bajan.

Enr. Bajen enhorabuena.

Tell. Ya estan ahi... marchad y volved luego.

Enr. Ocasion que yo encuentro, jamás la desperdicio. Decid á todo que si, (*con energia.*) y cumplid vuestro juramento.

ESCENA III.

Dichos, Isabel, Clara, *educandas.*

Cla. (*en el fondo.*) Un desconocido aqui! (*avanzan.*)

Enr. (*ap.*) Por eso troqué mi trage con Nuño: sino en vez de decir «un desconocido», hubiera dicho «el hombre azul», y hubieran caido en la cuenta de que... habia complot.

Cla. (*á Tellez.*) Hola! Buen Tellez! Habeis preparado ya el cenador?

Tell. Pues qué, por tan lerdo me teneis en el cumplimiento de mi obligacion? Solo falta coger de los árboles las frutas, para que recien arrancadas esten mas frescas. (*ap. mirando á Isabel.*) Qué linda es! Bien se parece á su padre!.. pero estoy sin sosiego... en qué vendrá á parar esto?

Cla. Yo temia si habriais omitido algo, porque como estabais en buena conversacion...

Enr. (*con serenidad.*) Sentiria en el alma haber sido causa, aunque inocente, de que mi hermano hubiese faltado á su deber.

Tell. (*ap.*) Qué es lo que dice?

Cla. Ah! sois hermano de Tellez?

Enr. Si, bella señora, y no estrañareis que despues de dos años de ausencia, que he pasado en campaña, nos háyamos entretenido demasiado... siempre háy asuntos de familia...

Cla. Yo lo creo. Pero Tellez, nos habiais ocultado que teniais un hermano tan buen mozo...

Tell. Vos le favoreceis, señorita Clara; (*ap.*) sigamos la comedia.

Enr. (*ap.*) Clara! Ya sé algo, aunque me sirva de poco. (*las educandas vagan por el jardin; quedan en escena Isabel, Clara, Enrique y Tellez.*) Pero no fuera justo estorbar por mas tiempo, y si me lo permitis me retiraré. (*ap.*) Aunque me dé permiso, no me voy sin hablarla: la ocasion es calva.

Cla. No, no estorbais: nosotras, Tellez, iremos pronto á ver cómo está arreglada la campestre mesa.

Enr. (*señalando á Isabel.*) Esta señorita padece, segun lo indica su abatida fisonomia.

Isa. Oh... si! sufro mucho... es increible lo que padezco!

Cla. Serénate, mi querida amiga, y, ya que otra cosa no sea, cuenta con mi eterno cariño.

Enr. (*ap.*) Es su amiga!

Isa. Ah... si! Tú has sido el único consuelo que he encontrado, y te amo como si nuestra amistad fuera muy antigua. Te he confiado mis penas, y tú has dado crédito á mis palabras, desoyendo á los que sin razon me persiguen.

Enr. Segun veo, dispensadme la libertad en gracia del buen deseo, los padecimientos de esta señorita son mas morales que físicos; en cuyo caso de nada puede servirla. A no ser asi... tal vez...

Cla. Entendeis de medicina?

Enr. Los soldados, señorita Clara, de todo se nos alcanza un poco; y no muy lejos de aqui he hecho curaciones que honrarian á un doctor. Sin buscar muy distante el egemplo, (*con marcada intencion.*) en casa del marqués don Carlos de Aguilar.

Isa. (*palideciendo.*) Dios mio!.. Dónde habeis dicho?

Cla (*ap.*) No sé qué piense de este soldado!

Tell. (*á Clara.*) Quereis que disponga alguna otra cosa para la mesa? (*se acerca á Clara, y habla con ella en voz baja: Enrique se acerca á Isabel.*)

Enr. Lo sé todo... estoy á vuestras órdenes... yo os salvaré ó perderé por vos la vida.

Isa. Dios de bondad!... pero deberé confiar...

Enr. Me haceis un agravio. El nuevo conde, vuestro amante, me envia, y yo tengo tambien particular interes en arrancaros de entre las manos de los infames... pero esto no es del caso. Decidios, porque mi permanencia aqui no puede ser larga. Habeis oido jamás que el hombre azul haya hecho algun mal en estos contornos?

Isa. No, sino muchos bienes.

Enr. Pues yo soy el hombre azul.

Isa. Y sereis mi salvador! Habeis visto á Carlos... me han dicho que mañana debe desposarse, y esta mañana, juzgad de mi desesperacion, he visto salir de aqui el regalo de boda que á la novia remite la abadesa. Dios mio... Dios mio! Qué va á ser de mi!

Enr. Tranquilizaos! El os es fiel y... no se casarán, no: puedo impedirlo y... lo impediré. Si vos quereis, dentro de media hora estais fuera de aqui: todo lo tengo preparado al efecto. Eh!... No me juzgueis visionario, ni me mireis de ese modo!.. Qué! os admiro? Pues no hagais caso de mi trage, que en este momento, tal como me veis, nadie tiene derecho sino yo á trastornar los planes de los que os persiguen. (*con gran precipitacion.*) Confiaos á vuestra nueva amiga... para que os ausilie... combinadlo con ella... y sobre todo, escribid lo que acordeis, arrojando el papel con vuestras órdenes por una de esas ventanas, que yo le recogeré. Repito que, si quereis, al caer la tarde podeis salir de aqui: Tellez es el único que pudiera oponerse y respondo de él como de mi mismo. Ni una palabra mas! Decidid sin demora; de la actividad depende vuestra perpétua dicha. (*á Tellez.*) Si esta señorita sigue mis consejos, puede recuperar su salud. A Dios, hermano mio, el sol va pronto á ponerse.

Tell. Cómo! Te ausentas? Pues no creo que se opongan á que parta contigo mi racion de la tarde, despues de tanto tiempo...

Cla. Es muy justo; y yo me encargo de aumentar hoy la refaccion y aun de hablar á la buena abadesa.

Tell. En ese caso, venid, si gustais, á ver cómo lo tengo preparado todo. Y tú, (*á Enrique.*) me ayudarás ahora á coger algunas frutas. (*ap.*) Le he hecho quedar por si acaso, aunque camino á ciegas.

Enr. Te ayudaré con el mayor placer. (*Clara é Isabel hablan entre si.*)

Tell. (*ap. á Enrique.*) Cómo van los asuntos?

Enr. Ved el aspecto que Isabel tiene, comparadle con el que tenia, y sacad la consecuencia. Ahora quisiera escribir algunas lineas para mi segundo y... quisiera mas, que vos se las llevaseis. Es cosa de un momento.

Tell. No tengo inconveniente. Entrad en mi casilla y escribireis lo que os plazca. Pero me darán fè?

Enr. Yendo mis órdenes por escrito! Ademas debe echar un papel por una de las ventanas, ó tal vez darmele en la mano, si es posible; y si no me ve... acaso no se fie de vos.

Tell. Tal vez! Pero no perdais tiempo. Sois un hombre arrojado, sereno y decidido.

Enr. Somos soldados de Isabel la Católica.

Tell. Y está todo dicho; á la obra.

(Sale Enrique por el primer bastidor. Las educandas entran y salen por la puerta que da al interior del convento.)

ESCENA IV.

Isabel, Clara, Tellez, *educandas.*

Cla. Tellez, venid que algo se os ha olvidado.

Tell. Tal vez; pero... tiene remedio?

Cla. Y pronto: id con las compañeras, que os enterarán. (*Tellez va hácia el fondo, y va y*

vuelve con las educandas.) Que placer me ha causado lo que me has dicho, querida Isabel. Dios no abandona nunca á la virtud y á la justicia.

ISA. Aun no acierto á volver de mi sorpresa.... El gozo me embarga los sentidos y... aun asi recelo.. porque como no conozco á ese soldado.,. Pero mi corazon es muy leal y nada malo me anuncia. Anoche, cuando la imprevista desgracia ocurrida, no sabes con qué temor llegué, sin saber porqué, al mismo sitio á que concurria con tanto placer... y mi presentimiento no fué falso. Es cierto que hoy lo que siento es... un temor mezclado de alegria... es un cambio tan feliz, tan inesperado.... ¿pero qué pretesto buscaremos para subirnos? Por que hablar otra vez con él, seria sospechoso, y es menester escribirle unas lineas.

CLA. Ningun recelo debes tener: en el estado en que te encuentras, nadie puede estrañar que se te ofrezca subir á nuestro cuarto. En seguida que te deje en él, bajo y pretestando que pasa la hora, las llevo á la mesa, empiezan á merendar y digo que voy á buscarte. En tanto tú estás preparada y en viéndome en el jardin, arroja sin cuidado el papel, porque es seguro que nadie observa; solo tengo un sentimiento, te he tomado un cariño que... deseo tu bien, pero.... siento tanto que te separes de mi...

ISA. Nuestra separacion no será eterna! No puedes salir de aqui cuando lo desees?

CLA Si hago empeño... me llevará consigo mi familia, sin duda alguna.

ISA. (*con efusion.*) Y siempre seremos muy amigas, no es verdad?

CLA. (*se dan las manos.*) Yo te lo juro.

ISA. Oh! si!... Son eternas las amistades que se contraen en la desgracia. Mira... cuando yo sea feliz, de modo que nadie me persiga, cuando tenga un esposo que me proteja, cuando nadie pueda robarme mi dicha, vendré á verte si permaneces aqui; y si tú quieres, viviremos perpétuamente unidas

CLA. Tu amistad me encanta, y no quisiera perderla por nada de este mundo. Ven, amiga mia, que tu protector está impaciente, (*mirando al lado por donde salió Enrique.*) y no hace mas que asomarse á la puerta de la casilla de Tellez. (*salen.*)

ESCENA V.

ENRIQUE, *despues* TELLEZ.

ENR. (*sale.*) Gracias á Dios!

TELL. Está hecho?

ENR. Tomad. Ya conoceis el sitio?

TELL. Perfectamente; pocos minutos tardaré. En cuanto á esas señoras, todo lo que pueden necesitar, está alli.

ENR. Decidles que no hay momento seguro... que esté el oido alerta...

TELL. Descuidad. (*sale.*)

ESCENA VI.

ENRIQUE, *despues* ALBERTO.

ENR. Perfectamente Se ha dispuesto todo de suerte... que ni aun era posible soñarlo. Tellez se llama el buen jardinero!.. Si... este era capitan de una de las compañias del tercio de Valdes, despues de la muerte de Moncada.... (*atraviesa Clara por el fondo.*) Milagro será que yo me equivoque! Qué salto! de capitan á jardinero... pero él es todo un caballero y su auxilio me ha servido de mucho... Lo que estará de ver será el gozo de la condesa y su confidente, cuando tengan noticia del famoso golpe de mano! Esto es una pequeña parte de mi venganza... resta el desenlace. (*dá algunos pasos hácia el fondo.*) Hola! alli meriendan con alegria y apetito... (*mirando á dentro.*) Calla! la amiga de Isabel que subió con ella, viene sola y por otro lado... qué querrá decir esto?

(Avanza hácia el principio de la escena; Clara sin hablar le señala con la mano una de las ventanas: ella permanece al estremo opuesto y Enrique la hace una señal de inteligencia.—Momento de silencio. Enrique tiene la vista fija en la ventana, á poco rato hechan un papel por aquella, Enrique se apresura á cogerlo y dice.)

Llegamos al puerto! (*al mismo tiempo aparece Alberto en el humbral de la puerta; Clara huye hácia donde estan sus compañeras.*)

ESCENA VII.

ENRIQUE; ALBERTO.

ALB. (*colérico.*) Entregadme ese papel que habeis recogido.

ENR. (*con gran calma.*) Hablais conmigo?

ALB. Pronto... obedeced... ó sino...

ENR. Concluid... soy poco amigo de frases cortadas.

ALB. Temed que repita mi orden.

ENR. Vuestra orden! No conozco vuestra autoridad.

ALB. Tengo la suficiente. Aqui hay personas que me interesan demasiado y por cuya seguridad debo velar.

ENR. El lobo cuidando del rebaño! Pero, no os canseis; porque vuestro bondadoso carácter y vuestra moderacion, han cautivado mi voluntad, y me obligan á deciros que... el papel está perfectamente en mis manos.

ALB. Eso es demasiado! ¿con qué derecho estais en este sitio?

ENR. Con el mismo... poco mas ó menos, que vos teneis para interrogarme.

ALB. Salid de aqui! (*colérico.*)

ENR. Eh! concluyamos. Salid vos y no me obligueis á que... de un brazo os arroje fuera de este recinto.

ALB. Atrevido!...

ENR. Tened mucha cuenta con vuestra lengua; de lo contrario, os haré ver que conozco un escelente especifico contra la insolencia.

ALB. Arrancaré el papel de vuestras manos!

ENR. Tendria un placer en ver la prueba.

ALB. Os atreveriais á dudar de mi valor?

ENR. Y mucho! (*marcado.*) Todos los asesinos son cobardes.

ALB. (Tambien este me llama asesino.) (*con terror.*) Debo llevar en la frente el sello de la reprobacion!

ENR. Marchad de aqui, opresor de la virtud y la inocencia! Salid! que un hombre cuya profesion es la de desafiar todo género de peligros, os sigue, os espia y... no sois vos el que frente á

frente y cuerpo á cuerpo, á ley de bueno, habeis de vencerle. Vendriais con nuevas órdenes... con eficaces prevenciones, pero... la venganza del cielo vaga sobre vuestra frente, maldecida de Dios, y el momento de la reparacion está cercano... No os odio.... os desprecio... Sois indigno de que os dirija la palabra. (*se separa de Alberto sin perderle de vista.*)

ALB. (Estoy confundido! Pero hagamos el último esfuerzo: puesto que mi gente me acompaña, tomemos bien las medidas... hechemos por tierra sus planes y... sobre todo, que él no pueda escapar á mi venganza!)

(Al tiempo que Alberto va á salir, entra Tellez: aquel se dirige á este con ademan irritado. Enrique hace al primero una señal enérgica y amenazadora, indicándole que salga, y Alberto humillado y como fascinado por la mirada de Enrique, baja la cabeza y sale apresuradamente.)

ESCENA VIII.

ENRIQUE, TELLEZ.

TELL. Crei que era necesario enseñar los dientes á ese miserable.... y á fé que desde que he sabido sus gracias, no le tengo ganas! (*Enrique vá á ver si hay alguien de la otra parte de la puerta y vuelve.*)

ENR. Ya va espantado por ahora... Qué tenemos?..

TELL. Gente fiel, puntual, obediente! Todo está pronto y esperan vuestras órdenes, Nuño.. Rodrigo... Lope... y...

ENR. Dieguez?

TELL. Precisamente. (*habrá empezado ya á oscurecer.*)

ENR. Veamos lo que Isabel dice... porque ese malsin entró en el momento en que yo tomaba del suelo el papel y...

TELL. Misericordia de Dios! Pues todo se ha perdido!

ENR. Bah! (*con desprecio.*) Cuando quieran tomar providencia, darán el golpe en vago. (*lee.*) «Las monjas estan en sus diarias devociones, ocupadas en el coro...» (*representa.*) Diablo! apenas hay ya luz y leo con dificultad. (*lee.*) «Las educandas en el invernadero.... y supuesto que Tellez es el único que pudiera en la ocasion presente oponerse, no pienso en otra cosa que en adelantar el momento, y bajaré tan luego como anochezca.» Bravisimo! Asi me gustan las personas, decididas. ¿Supongo que tendrán allí mi corredor alazan?

TELL. Y por señas que no es de soldado!

ENR. (*con indiferencia.*) Fué un regalo; opino que no debeis permanecer aqui...

TELL. Por supuesto que no!

ENR. Venios conmigo, capitan; y yo me encargo de vuestro porvenir, sea cualquiera el motivo que os separó de los tercios.

TELL. (*con malicia.*) Puesto que me espedis la patente de capitan, no llevareis á mal que yo á mi vez os espida la de maestre de campo...

ENR. Haced lo que gusteis... Creo que tanto me conviene ese título, como á vos el que os he dado. De todos modos... mereceis mejor suerte, y yo me encargo de proporcionárosla... Sois un noble y valiente soldado!

TELL. Gracias, mil gracias! Desempeño mi deuda y nada mas.

ENR. Teneis armas?

TELL. Aqui, ninguna.

ENR. Tomad mi daga... (*se la da.*) Con la espada me sobra para lo que ocurrir pueda. No hay mas salida que esa? (*señalando al fondo.*)

TELL. (*id.*) Esa es la única para el campo, (*señalando á su derecha.*) aquella para el interior del convento.

ENR. (*da algunos pasos como reconociendo el terreno.*) Es casi noche, y empiezan las educandas á ponerse en movimiento. Entremos en vuestra casilla, por si alguna pasa... y vos, puesto que de la casa sois, saldreis de vez en cuando. (*salen.*)

ESCENA IX.

Queda la escena sola por un momento: aparece *Alberto* despues de un pequeño rato, como recatándose, observa con atencion, y viendo solo el jardin sale y vuelve al momento con cuatro embozados, y los coloca cerca de la puerta, entre los árboles. Al mismo tiempo sale del convento Isabel acompañada de Clara, y se detienen como vacilando. Tellez sale de la casilla y las llama por lo bajo;

TELL. Chis... (*á media voz.*) Abanzad sin miedo, señorita!

ISA. Tellez.... yo desfallezco! Tengo tan gran temor!... Qué seria de mi si volviera á caer en sus manos!

ALB. (*sale.*) Pues ya estais en ellas, desgraciada!

(Tellez desnuda la daga y va derecho á Alberto: salen los emboscados, al mismo tiempo que rápidamente viene Enrique con la espada desnuda, y sobre la marcha da un prolongado silbido, casi junto á la puerta. Todos estos movimientos deberan ser simultáneos.)

ENR. Atrás... bandidos!

(Enrique y Tellez pelean contra los cinco, dando espaldas á las tapias del jardin, y mantienen á sus adversarios á razonable distancia: á pocos momentos de empezada la lucha, entran los secuaces de Enrique y aquella se hace general. Las educandas atraviesan la escena despavoridas: la campana del convento toca á rebato.)

ISA. Dios mio, protejednos! (*Cae el telon.*)

ACTO TERCERO.

CUADRO PRIMERO.

Selva con vista de los jardines del marqués: verja practicable en el fondo. Estátuas, asientos de piedra, etc.

ESCEÑA PRIMERA.

CARLOS, GUZMAN.

CAR. (*saliendo apresurado.*) A dónde dirijiré mis pasos que pueda verme libre de tan horrible persecucion!

GUZ. Señor!... sosegaos!

CAR. Imposible! Ha querido traer las cosas á este fatal punto... se ha fiado de mi docilidad y sumision; pero... quién va al suplicio sin oponer la posible resistencia?... Mas... qué digo! Si en adelante ha de ser mi vida una série continuada de padecimientos.... de tormentos y amarguras, líbreme la muerte de tan desastroso porvenir.!

GUZ. Delirais, señor mio!... Volved en vos y confiad en....

Car. En ese hombre de que tanto me hablais!... tú sabes bien si he confiado, sin ver hasta ahora resultado ninguno...

Guz. Y podreis negar el importante servicio que os ha prestado no ha muchas horas?... El arriesgó su vida por salvar á Doña Isabel de Moncada; y sin su auxilio...

Car. Es verdad! Le ofendo sin razon. (*despues de reflexionar.*) Mi fiel Guzman, espia con cuidado lo que hace la condesa, en dónde está... y si puedo tranquilamente escribir unas líneas á mi pobre Isabel.

Guz. Estoy pronto, señor, á obedeceros; pero cómo quereis que os abandone, cuando tanta necesidad teneis de compañia?

Car. Hazme este obsequio...

Guz. Os obedezco. (*sale por la verja.*)

ESCENA II.

Carlos, *despues* Enrique.

Car. He logrado alejarle... mi resolucion es irrevocable, como hija de la conviccion... de la necesidad... Mi porvenir está ya visto... los auxilios llegarán tal vez tarde, porque dentro de breves horas habré de desposarme con una mujer que aborrezco. Oh!.. no! Estoy decidido á no consentir que me destrocen el corazon con el odiado espectáculo que me preparan! Pero... no poder despedirme de ella!. . asegurarla que ni por pensamiento consentí en ofenderla!... Valor! y vea al menos que preferí la muerte á un odioso enlace que no puedo evitar. Para ser tan infeliz, no existir es preferible! (*desnuda la daga y va á herirse; pero por su espalda sale rápidamente Enrique, y le detiene el brazo diciendo:*)

Enr. Qué haceis, joven inconsiderado! Cómo osais atentar contra una vida que no es vuestra? ¿Ignorais que solo el que os la dió tiene derecho á quitárosla, cuando convenga á sus altos é inescrutables fines?

Car. Y quién sois vos para atreveros á detener mi mano, sin considerar que esta daga que contra mi dirijia, puedo volverla en un instante contra vos, para castigar vuestra demasia?

Enr. Eso seria muy puesto en razon, porque de otra manera, podria escribirse un beneficio recibido que no habia sido recompensado con una negra ingratitud! Pero... calmaos! Esa daga me impone tanto en vuestra mano, como una sutil aguja en la de una delicada doncella; y no trato de agraviar á vuestro valor, porque el mismo cuidado me diera en la de otro, puesto que mi profesion única es la de desafiar toda clase de peligros. Eh! sentaos sobre esa piedra, y escuchad con tranquilidad mis consejos.

Car. Vuestros consejos! N los admito de un desconocido...

Enr. Tanto peor para vos!... Pero no obstante, lo que pensaba deciros, no dudo lo escuchariais con gusto de la boca del mismo diablo en persona.

Car. Pero... ¿quién sois?

Enr. Quién soy? Soy... Ya lo estais viendo.

Car. Usais de una familiaridad...

Enr. Ah! os choca la familiaridad de que uso!... quereis recordarme políticamente que tengo el alto honor de estar hablando con un conde! Pues no estará de mas que sepais, que ilustres condes se han batido cien veces á mi lado, gozosos y ufanos; y que otras tantas he humillado á ilustres personajes, enemigos de mi rey y mi patria. Lo que tengo que deciros, os interesa mas que á mi; si quereis oirlo en familiar lenguage, sea en buen hora; si no, lo ignorareis, porque no hago uso de otro.

Car. Pero... decidme al menos vuestro nombre...

Enr. Mi nombre! Y en sabiéndole, ¿tendrán mas fuerza mis palabras?... Llamadme hombre azul, porque asi me designan todos; y aunque mi capa sea hoy de otro color, porque asi ha convenido, luego, muy luego, me vereis con ella. Por ahora ni tengo ni quiero otro nombre. Al caso: vengo á hablaros de vuestra linda Isabel.

Car. Cielos!

Enr. Eh! si sabia yo el efecto que en vos habian de producir mis palabras! Ahora ya tendré un nombre ilustre, mágico y sonoro!

Car. No! no! Sabiendo que sois el hombre azul, ya no podeis inspirarme recelo. Ya sé que os debo....

Enr. Nada! El que socorre á la virtud desvalida, el que oprime á los opresores, no hace otra cosa que cumplir con su obligacion. No puedo detenerme porque tengo contados los instantes: supe el estado de ajitacion en que estábais, recelé de vuestra cordura, os espié y llegué á tiempo. Ahora vais á entrar en vuestro palacio....

Car. Cómo!... cuando ignoro...

Enr. Aqui no hay otro medio que obedecerme ciegamente.

Car. Pero mi madre... Alberto...

Enr. Yo puedo mas que ambos!

Car. Vos!

Enr. Yo!

Car. Ya imaginaba yo que ese infame Alberto era el autor de la pasada tropelia, hoy me he cerciorado de ello y estoy decidido á clavar mi daga en su corazon.

Enr. Todo al contrario; vais á ponerle mejor semblante que nunca.

Car. No es posible!

Enr. No hay otro medio, ó de lo contrario os dejo en la estacada, y salid del apuro como podais. Vais á volver al palacio, á finjir alegria, á ocuparos de los preparativos de vuestro enlace...

Car. Con la duquesa! (*asombrado.*)

Enr. (*impidiéndole hablar.*) Silencio!... con la duquesa: marchad sin detencion Si observais la conducta que os encargo, no vereis el nuevo sol sin estar unido con Isabel.

Car. Dios mio! .. Qué decis! Vos sois un angel tutelar! Pero...

Enr. A otra vez que mostreis desconfianza, lo perdeis todo: exijo una obediencia ciega. Que no tenga que repetirlo tercera vez!

ESCENA III.

Dichos, Hernando, *que viene apresurado.*

Her. (*á Enrique.*) Señor!... (*reparando en el conde.*) Ah! dispensad, señor conde, no os habia visto...

Enr. Habla sin recelo. ¿Qué quieres?

Her. El señor marqués desea veros al momento.

Enr. Y esos papeles?

Her. Estan en mi poder.
Enr. Pues vamos!
Her. Os espero. He estado buscándoos por todas partes, hasta que Tellez me dijo el objeto que aquí os habia conducido ..
Enr. (*al conde.*) Retiraos, mi joven amigo: haced lo que os he encargado, y estad tranquilo en tanto. Si me fuera dado deciros los auxiliares conque cuento, y en qué fundo las seguridades que os doy... no vacilariais en darme crédito.
Car. No, no vacilo; confio enteramente en vos!
Enr. De grado ó por fuerza, no teneis otro camino que seguir: disimulo, alegria y esperanza. A Dios, noble joven; enlazad con mi mano la vuestra.
Car. Con el mayor placer!
Enr. Oh! Y no debeis desdeñaros de hacerlo Tal, cual la veis, ha contribuido no pocas veces á sostener la brillante corona de Castilla. (*se enlazan cordialmente las manos, saludan, y sale el conde hácia el palacio.*)

ESCENA IV.

Enrique, Hernando.

Enr. Y bien, entérame de lo que ha ocurrido.
Her. Lo que vos mismo podeis imaginar. Vuestra carta produjo en el ánimo del marqués un efecto mágico y quiere veros con urjencia. Pero me ha encargado que os lleve á su presencia por la puerta secreta. (*aparecen en el fondo la Condesa y Alberto. Enrique y Hernando hablan entre sí.*)
Alb. (*á la condesa.*) Lo veis, señora? No os lo tengo dicho?
Con. (*id.*) Ocúltate y escuchemos.
Enr. Bien! Eso tiene remedio. Voy á ponerme mi trage azul para ver al marqués, y... por despedida. Ves á decirle qué poderosa razon me impide ir ahora á verlo; pero que dentro de breves momentos lo verificaré. Tú vuelve pronto á este mismo sitio, para que me conduzcas á su presencia. (*la Condesa y Alberto hablan entre sí con bastante calor y se retiran, diciendo Alberto:*)
Alb. Es lo mejor: hombre muerto no habla. (*se ocultan.*)
Enr. Supongo que adentro todo estará arreglado como yo quiero y conviene?
Her. Como yo estoy ocupado fuera del palacio, nada puedo aseguraros á punto fijo; pero ha quedado Guzman en el encargo de todo.
Enr. Escelente joven! En ese caso es lo mismo que si tú estuvieses. Ahora voy á despedirme de mi querido trage azul, y á ponerme el que nunca debo abandonar. Vamos, que el tiempo pasa. (*salen.*)

ESCENA V.

Alberto.

Se ausentaron ya! Por fin nos encontramos en la suspirada ocasion de librarnos de ese molesto y poderoso enemigo. Válgate el diablo por hombre azul! Hasta que él apareció en estos contornos, viviamos tranquilos y seguros; pero desde que, en mala hora, vino... Yo continuo haciendo mi negocio y llenándome de oro; pero es á costa de zozobras, disgustos y recelos. Y en verdad no puedo calcular qué impulso le mueve, ni qué razones tiene para ocuparse esclusivamente de nosotros. Pero es lo cierto que nos espia, que hace abortar nuestras mejores combinaciones, y que... concluiria por perdernos completamente, si no opusiésemos un enérjico remedio. (*volviéndose.*) Cuánto tardan! Para estar dentro de la casa .. bien podian apresurarse mas...... Oigo pasos...... Ellos son!

ESCENA VI.

Alberto, *dos* Asesinos

Alb. Cuánto habeis tardado!
Ase. 1.º Pero ya estamos á vuestras órdenes.
Alb. Teneis ahí, supongo, vuestros puñales?
Ase. Jamás se separan de nuestro lado.
Alb. Y estais dispuestos...
Ase. Como siempre, á cuanto dispongais.
Alb. Escuso repetiros lo que tantas veces os he dicho; y me limito á recordaros, que sé comprar á buen precio el silencio y la obediencia. Creo que por esperiencia lo sabeis.
Ase. No hablemos de eso, señor Alberto, y decidnos qué debemos hacer.
Alb. Conocereis á Hernando, como que anda entre vosotros?
Ase. Perfectamente.
Alb. Pues bien... no vayais á equivocarle con otro. Ahora os emboscais uno á cada lado d aquella senda, junto á las verjas del parque Si Hernando viniese antes que el que vais esperar, será difícil que ejecuteis el golpe; si embargo, procurareis darle á toda costa. Per si otro viniese primero que... Debe estar cer cano... Sin piedad!... Me comprendeis?... U solo golpe... pero seguro!
Ase. Estais entendido! Y las señas?...
Alb. Por fortuna poco hay que discurrir; con un sola que os dé, sobra. Vendrá vestido de az de pies á cabeza.
Ase. Por ventura será el hombre azul?
Alb. Silencio!... El mismo! Recordad que me in jurió, y que dos de vuestros compañeros esta heridos por su mano.
Ase. Por fin las pagará todas juntas: á fé que r hemos olvidado el lance; y que aun de vald siendo él, le asesinamos con much gusto.
Alb. Ya me retiro, porque segun él dijo, de estar al anochecer en este sitio; ello... le int resa, segun le oí. En seguida, y con las nec sarias precauciones, despues de ir al barra co.... subis á darme parte y á recibir el mer cido y no pequeño premio. ¡Cuidado! (*sale.*)

ESCENA VII.

Dichos, á poco Nuño, *con el trage azul.*

Ase. 1.º Qué dices, camarada?
Ase. 2.º Que el señor Alberto nos da á ganar m cho dinero; pero... siempre estoy soñando c horcas, con dogales y con verdugos, cosas q ya sean todas juntas, ya sean separadas, no s las mas á propósito para que un hombre bien repose.
Ase. 1.º Bah!... Seremos nosotros los prime que se han hecho ricos con nuestro ofici luego que han reunido lo bastante se han r rado á comer y beber tranquilamente?
Ase. 2.º Esto te lo he dicho asi... por modo

conversacion: por lo demas, no veo la hora de subir á contar las monedas de oro... Ojalá!...

ASE. 1.° Silencio! Siento el ruido que producen las hojas secas y caidas, cuando las oprime el pié del caminante...

ASE. 2.° Sin duda!... Tienes razon! Prepárate, y á nuestros puestos.

(Desnudan los puñales, y se emboscan del modo que previno Alberto. Aparece Nuño, con capa azul como se dijo al principio de la escena: al tiempo que va á rebasar la puerta del parque, sale uno de los asesinos, y al ir á herir á Nuño, este, con rapidez le tira una estocada, diciendo:)

NUÑO. Muere, infame asesino! (*cae.*)

(Al dar Nuño la estocada al asesino primero, sale el segundo emboscado, hiere por la espalda á Nuño, que cae, y dice:)

NUÑO. Traicion!

ASE. 2.° Mi compañero morirá vengado! (*Cae el telon.*)

CUADRO SEGUNDO.

Salon preparado para la pompa nupcial. Los criados del marqués y de la condesa, colocan los elegantes muebles y los candelabros con arreglo al lujo y gusto de la época. En el primer término de la escena habrá una mesa con tapete y escribania, etc.

ESCENA PRIMERA.

HERNANDO, GUZMAN.

HER. Yo tiemblo! Se aproxima el solemne momento, y cuanto mas se acerca, mas temo una catástrofe.

GUZ. ¿Y vuestra confianza en el hombre azul?

HER. Tan firme como siempre la conservo. No tengo otra cosa que un vago recelo, porque... Al fin y al cabo, el desenlace que se espera es para poner á prueba el poder del hombre azul, y el de cualquiera.

GUZ. Si por desgracia llegase á ser certidumbre ese vago recelo que abrigais, ¿qué seria de mi amo?

HER. No pensemos en eso: esperemos con tranquilidad y apresuremos los preparativos, porque está muy cercana la hora. Vamos! (*á los criados.*) arrimad tres sillones á esta mesa, y concluid de preparar pronto lo que aun resta. Guzman, dirije los trabajos á fin de que esos holgazanes no se duerman sobre ellos. (*Guzman se dirije hácia donde estan los criados, quienes despues de arrimar los sillones, se acercan à aquel para recibir sus órdenes.*)

ESCENA II.

El MARQUES, HERNANDO.

MAR. Hernando?

HER. Señor! (*Guzman y los criados saludan y se retiran.*) Os esperaba con impaciencia. Me mandasteis que no fuese á vuestro cuarto; y como el tiempo urjia y no llegábais, estaba impaciente.

MAR. Cumplió su palabra?

HER. Como todas las que da. (*saca un pliego y le entrega al marqués.*) Aqui teneis la prueba.

MAR. Con qué placer le recibo! Toma tú en cambio el documento que él espera y necesita. (*abre el pliego.*) Primero hay una carta... Veamos! (*lee*) «Señor marqués: os prometí entregaros el manuscrito que recibí sobre el campo de batalla, de mano de un célebre capitan moribundo. Al remitirle á las vuestras, creo haceros un relevante servicio; y como sois generoso y caballero, os pido una recompensa y exijo una palabra: la recompensa es que le leais cuando se halle en vuestra compañia la condesa; y la palabra, que de ningun modo verificareis su lectura, si falta la espresada circunstancia.»... (*representa.*) En esto, como en todo, es original!

HER. Me dijo al entregarme el pliego, que con harto sentimiento renunciaba al placer de ser el portador de este escrito, porque varios cuidados llamaban su atencion hácia otra parte: pero que estuviéseis seguro, de que si su presencia era necesaria cerca de vos, él se presentaria como aparecido, aun sin ser avisado.

MAR. Ea pues, llama á la condesa, porque apenas falta una hora para verificar la ceremonia, y no puedo contener mi impaciencia. (*Hernando saluda y sale.*)

ESCENA III.

EL MARQUES.

Con cuanto placer voy á descubrir este misterio que tantas penas me ha costado!.. Y ¿quién puede predecir si este placer se convertirá en dolor muy pronto? Sé que no murió entonces, mas no lo que sucedió despues; y aun cuando viva, ignoro el parage en que se halla y tal vez la muerte me sorprenda sin que pueda abrazarle una vez al menos antes de espirar!. Mas... la condesa!

ESCENA IV.

EL MARQUES, LA CONDESA.

CON. Me llamais? (*conservando su caracter altivo y orgulloso.*)

MAR. Siento molestaros, hermana mia: mas debo leeros un precioso manuscrito, concerniente á los mas caros intereses de familia; y vuestra presencia es indispensable.

CON. Veamos! (*ap.*) Qué será!

MAR. (*lee.*) «El dia 27 de Mayo de 1469, estaba paseando por los jardines de su palacio el primogénito del marqués de... (*representa.*) No dice el título.

CON. Cielos! (*ap. aterrada.*) Procuremos disimular!

MAR. (*continuando.*) «Y dos enmascarados se arrojaron de improviso sobre él, le taparon la boca y le arrebataron. (*representa.*) Que crueldad, Dios mio!

CON. Yo fallezco! (*ap.*)

MAR. (*lee.*) «Le condujeron á las riberas del Guadalquivir, y allí levantaron un puñal homicida sobre el corazon de la inerme é inocente víctima. Mas uno de ellos, menos cruel, hizo presente al otro, que repugnaba á su corazon el clavar el agudo acero en tan tierno pecho, y movido el otro asesino á compasion tambien, acordaron ambos cumplir con las órdenes que tenian, pero no del modo que las recibieran sino arrojándole al caudaloso rio y... le arrojaron. Empero el cielo siempre justo, reserva.

ba la recompensa al bueno y el castigo al malvado: asi fué que apenas habian vuelto la espalda los asesinos para presentarse á recibir el premio de su execrable crimen, unos jóvenes pescadores vieron venir el pequeño cuerpo arrebatado por la rápida corriente, y á riesgo de su vida le recogieron en una barca. (*representa.*) Bendigo vuestra infinita bondad, Dios mio!

(Durante esta escena, la condesa dará visibles muestras de los remordimientos que la devoran: el marqués embebido en la lectura nada nota, hasta que al decir las últimas palabras levanta los ojos del papel y repara la alteracion que demuestran las facciones de su hermana.)

Pero... que teneis, hermana? Os sentis indispuesta? No podeis resistir á tamaño horror?.. Ah! no lo estraño.

Con. Si... me siento mal... permitid que me retire.

Mar. No, no es posible: permitid un poco, que yo procuraré abreviar la lectura. (*lee.*) Vuelto en si el pobre niño, no quiso responder á las preguntas de aquella honrada jente, que no pudo alcanzar de él que revelase su nombre ni el de sus padres, porque temia el livido aspecto y la férrea mano de los viles sicarios; y á los pies de sus salvadores, que con llanto regaba, suplicó que le dejasen vivir con ellos y ayudarles en sus rudos trabajos, segun su edad y fuerza lo fuesen permitiendo. Tenia entonces once años, y á los quince ya ganaba el sustento que le daban. Acostumbrado á luchar contra los elementos, era robusto, fuerte; y el grande de España, el primogénito del ilustre marqués, se veia reducido á comer pan negro y parte del pescado que en sus redes cogia, durmiendo en medio de los bramidos del furioso huracan, y espuesto á toda hora á verse sumergido con su frágil barquilla. Llegó á la edad de diez y ocho años, y mal avenida su noble sangre con la ruda y grosera vida que llevaba, determinó acudir á la defensa de su rey y su patria, para adquirir un nombre glorioso, debido á si propio y no á la casualidad. Se alistó de simple voluntario en compañia de sus dos salvadores, que jamás le quisieron abandonar. Pasó toda clase de privaciones, hambre, desnudez, peligros... mas á costa de no esquivar ninguno, hizo una brillante carrera; y despues de algunos años fué nombrado capitan y hoy dia vive, (*el marqués da muestras progresivas de la conmocion que esperimenta.*) y es maestre de campo de un célebre tercio de Españoles, y comendador del orden de Santiago. (*representa.*) Cielos!.. Con que placer le abrazaria! Veo lo que estais padeciendo, hermana mia, pero.. restan muy pocas lineas. (*lee.*) «Don Enrique de Aguilar acompañó á Hernando del Pulgar cuando su gloriosa espedicion á la mezquita mayor de Granada, para clavar el pendon del *Ave Maria.* Alli salió gravemente herido, y entregó, creyendo que moriria, este manuscrito al hombre azul, su compañero é intimo amigo; y aun cuando este recibió la orden de no presentarle si no despues del fallecimiento de su amigo, aquel cree que ha llegado el caso de hacer uso de este escrito. Al tiempo de recibirle, supo por boca del ilustre herido, que los sicarios eran domésticos del marqués; y hoy se sabe que quien los impulsó al crimen fue una.. Condesa.. hermana...na de aquel.» (*representa.*) Cielos... que horror!

Con. Tened piedad, Dios mio! (*á la esclamacion del marqués, acude Hernando presuroso: Alberto acude asimismo, pero permanece en el fondo, sin ser visto.*)

ESCENA V.

Dichos, Hernando.

Her. Señor!

Mar. (*saliendo de su estupor.*) Llevame, Hernando llévame á un sitio en el que pueda respira con libertad. Si, quiero huir de estos lugares. E aire que aqui circula está emponzoñado. (*sa le apoyado en el brazo de Hernando.*)

ESCENA VI.

La Condesa, Alberto.

Con. En donde me esconderé que no padezc los atroces remordimientos que la vista de r hermano ha de causarme!

Alb. (*sale de pronto.*) En el seno del crimen: r os queda otro camino que seguir.

Con Calla, infame consejero, que me colocaste el sendero de la perdicion...

Alb. No es la ocasion para recriminaciones: os coloqué á vos, y vos á mi; á vos la ambici y la avaricia, y á mi la avaricia y la ambicio Estamos al fin del camino, y hay mas peligr en volver atrás que en seguir adelante. Oi me... pero alguien viene.

ESCENA VII.

Dichos, Isabel.

Isa. (*saliendo.*) Mi protector no llega, Dios m Me abandonó en una sala diciéndome que v veria. Cansada de esperar, busco en vano salida, porque no quiero permanecer espu ta entre criados insolentes.

Con. (*á media voz.*) Todo se ha descubierto!

Alb. Lo sé. Eh! cuando nos esperan aconte mientos inusitados, el placer va mezclado la zozobra... ya nada temo.

Con. Yo no siento zozobra, sino un horror te ble que paraliza la sangre. (*Isabel que va á sc á la escena cuando concluye de hablar, queda rada al reparar en la condesa y Alberto.*) Per hora ha pasado ya y la duquesa no ha lleg Dios mio! qué horrorosa inquietud! ¿Qué terminacion tomará el marqués? Mas... (*viendo y reparando en Isabel.*) Quién es esa j ven? ¿qué hace en este sitio?

Alb. (*reparando.*) Cómo!.. Isabel!

Con. Isabel dices?.. Desgraciada!.. La causa mis disgustos...

Isa. (*se arroja acongojada á los pies de la cond* Ah, señora! vos os equivocais, sin duda: y he hecho mal á nadie, ni he podido caus disgustos. Soy una pobre huérfana persegı inocente y victima de..(*Alberto la mira sinie mente y ella se sobrecoje.*) Cielos! Ese hombr

Con. Pero ¿qué motivo os ha conducido á sitio?

Isa. (No me atrevo á revelarlo!)

ALB. Sea el motivo cualquiera, la suerte nos la envia para que tengan término vuestras penas, señora condesa: preveo el objeto de su venida y juzgo quién la ha conducido aqui. (*á Isabel.*) Acercaos á aquella mesa y escribid lo que yo os dicte.

ISA. Qué quereis de mi?

ALB. Escribid al conde que no piense en vos; renunciad...

ISA. Imposible!

ALB. Que vuestro corazon ha cambiado de sentimientos...

ISA. No puedo, no!

CON. (*con vehemencia.*) Si, decidle que le aborreceis tanto como le amabais...

ISA. Mi corazon es suyo, y la muerte es la única que podrá apagar mi puro cariño.

CON. Entonces... escribid vos, Alberto y... la haremos firmar.

ALB. (*con calma y mirada siniestra.*) Qué desatino! Ella escribirá.

ISA. Jamás!

ALB. Entonces, preparaos á vivir muriendo en los profundos subterráneos de este palacio. ¿Sabeis que alli se perderán vuestros gemidos, como el rugido de la fiera en el inmenso desierto? ¿Sabeis que aquellos abismos estan habitados por los mas inmundos reptiles? ¿Sabeis?...

ISA. Por compasion, matadme!... No me hagais padecer!

ALB. (*arrastrándola hácia la mesa.*) Venid, venid y concluyamos!

ISA. Dios mio! Me ha abandonado mi protector!

ALB. (*con sonrisa infernal.*) Vuestro protector!... Jamás le vereis!

ISA. Ah! (*se desvanece: al mismo tiempo Enrique sale precipitadamente, aferra con violencia el brazo de Alberto y dice.*)

ESCENA VIII.

Dichos, ENRIQUE.

ENR. Miserable. El hombre azul viene á arrancarte la máscara de asesino!

ALB. y CON. (*como petrificados.*) Ah!

ENR. Vengo á castigarte .. á hacer justicia á todos! (*Isabel vuelve en si y casi delirante va á abrazar las rodillas de Enrique.*)

ISA. Ah! Mi salvador! Ya nada temo.

ENR. (*levanta del suelo á Isabel, la coloca á su lado y dice á la condesa.*) Salid de vuestro estupor y no juzgueis que abandono la tumba para arrancar el indigno disfraz, que visten los infames que se guarecen bajo estas doradas bóvedas. No soy un espectro que vaga en derredor vuestro, para devolveros dobladamente los infinitos dias de amargura, que hicisteis caer sobre otra cabeza inerme é inocente. Qué! Os admirais de verme, porque me creiais muerto!. Temblad! Vuestros sicarios me equivocaron con mi fiel Nuño, quien estos últimos dias vistió el trage azul, para que visitando al anochecer los sitios que yo frecuento, no se notase mi falta y se adivinára en donde estaba.

ALB. (Fatal equivocacion!)

ENR. Eh! (*á Alberto.*) No os movais! De lo contrario no respondo de vuestra vida. Los bandidos hirieron de soslayo... muy levemente; al paso que uno de ellos murió, despues de haber declarado lo que se vé en un documento legalizado que conmigo traigo, para que de una manera indudable y autorizada, se sepa de donde partió el impulso que dió movimiento al brazo de los asesinos. . El mismo impulso que ha movido á los viles mercenarios á cometer delitos... crimenes horribles...

CON. (*á Alberto.*) Llamad! ¿Qué haceis? ¿Cómo podeis tolerar que me insulte en mi propio palacio un advenedizo, un... pordiosero!

ENR. (*con dignidad.*) Señora! No está tal vez lejano el momento, en que tendreis á gran dicha que el pordiosero, el advenedizo, interponga su mediacion, á fin de que obtengais un perdon tan generoso como inmerecido. Mas, aprovechemos el tiempo, y tratemos de reparar injusticias. E a joven, (*señalando á Isabel.*) que ayer salvé y que hoy he vuelto á salvar, va á ser la esposa de vuestro hijo.

CON. Qué audacia..! Jamás!

ENR. No quereis consentir?.. Me es igual.

ISA. Dios mio! Qué decis? (*á Enrique.*)

ENR. Me es igual, repito; no heredará vuestro hijo al marqués: vuestra ambicion quedará burlada.

CON. Pero ¿con qué derecho?

ENR. Eso vos lo vereis; pero no heredará el hijo; y la madre quedará á los ojos de todos, ocupando el puesto que le corresponde.

CON. (*con ansiedad.*) Qué quereis decir?

ENR. Que divulgaré por toda la corte, por toda Castilla, la célebre (*marcado.*) historia concluida con la catástrofe ocurrida en 27 de mayo de 1469. (*Alberto y la condesa se estremecen visiblemente.*) Diré que la señora condesa, seducida por un vil é infame criado, por Alberto, hizo desaparecer al heredero del marqués, dando orden á unos bandidos para que le asesinasen; diré... en pocas palabras, señora, lo sabia todo. Cuantas maldades se cobijan y oscurecen en esta dorada mansion, saldrán á la luz del medio dia, y se esparcirán por los cuatro ángulos del mundo. Todo lo sé por boca del mismo interesado, y las pruebas obran en mi poder; los testigos viven en mi compañia. Llegó, por fin, el dia en que se humillase la que á tantos hiciera humillar, sin razon, ante su precaria, omnipotencia!

CON. Ah! No pue... do... mas!

(Cae casi desfallecida en uno de los sillones. Isabel que durante esta escena se mostrará sorprendida, va á socorrer á la condesa. Alberto aterrado, permanece inmóvil: Enrique se dirige al fondo de la escena y dice.)

ENR. Llegad todos, señores; llegad á participar la dicha de los nuevos esposos, y preparaos á presenciar el castigo de un infame. (*hace una seña, y varios criados se apoderan de Alberto y se le llevan: este al salir dice mirando á la condesa.*)

ALB. (Que no pudiera arrastrarla en mi ruina!)

ESCENA ULTIMA.

Todos, menos ALBERTO.

ENR. (*tomando de la mano á Carlos.*) Señor conde, recibid por esposa á la señora doña Isabel de Moncada, cuya nobleza es tan buena como la vuestra.

CON. (*con muestras de terror, dice á Enrique.*) Sa-

beis su miseria...

Enr. Qué decis, señora! Si lleva mas de ciento y cincuenta mil ducados de dote!

Con. Vos delirais, señor... no sé cómo llamaros!

Enr. Es lo de menos: pero... acercaos, señor conde, y recibid de mi mano vuestra dicha, en tanto que la Iglesia bendice y autoriza vuestra union.

Con. Pero de vuestra mano... sin saber quien sois...

Enr. Señora... pero no veis mi capa... no veis la pluma que adorna mi sombrero... [soy... el hombre azul, segun todos me llaman.

Con. Y el hombre azul (*como luchando con su energia y con el terror.*) tiene derecho para decidir de los asuntos de mi familia?

Enr. Os diré, señora. Vuestro sobrino, el primogénito del señor marqués, cuando fué milagrosamente salvado, no quiso volver á este palacio temiendo el puñal de los asesinos. Despues que adoptó la gloriosa carrera de las armas, tampoco quiso venir hasta poderlo verificar con un nombre y una fortuna, debida á su esfuerzo. Cuando le vi moribundo, me encargó que ejecutase puntualmente sus órdenes, las cuales comienzan por el perdon mas cordial é ilimitado para todos; (*con mucha intencion.*) para todos, ¿me entendeis, señora? Escepto para Alberto, (*señala al sitio por donde se llevaron à Alberto.*) me encargó que inclinase á su buen padre á que legase sus títulos y las rentas de estos á vuestro hijo; y que de los bienes libres, dispusiese yo, su único amigo, como mejor me pareciese, y en virtud de este encargo, he dispuesto de ellas para dotar á la hermosa Isabel. He aqui la faja que llevaba el niño el dia que fué asaltado, y su pequeña escarcela, ambos obgetos (*los saca.*) con las armas de vuestra familia recamadas de oro. Aqui teneis á los pescadores que le salvaron, que hoy son sargentos del tercio de don Enrique. (*los hace acercar.*) Ved tambien al capitan don Lope Tellez de Luna, á quien un compromiso de honor tiene separado de las filas católicas, compromiso que yo sabré arreglar, puesto que le debi un singular favor, cuando le encontré convertido en jardinero. Ved la declaracion del bandido moribundo. Por último, este es el testamento del señor marqués, otorgado en los términos que ya he indicado, y que no ha muchas horas cambió, por la verídica historia de su primogénito. Ea pues, aceptad todos, á fin de que pueda decir á mi amigo, que sus órdenes han sido fielmente cumplidas, porque yo debo partir brevemente al ejército, puesto que el tercio en que sirvo, debe acudir con otros bajo las órdenes del conde de Tendilla, á fin de sofocar la rebelion de los moros de las Alpujarras.

Con. Pero...

Enr. Señora, si aun dudais, si tantas pruebas no dicen aun bastante para vos, (*arroja la larga capa azul en que estaba envuelto y queda vestido del modo que dice.*) reconoced en el hombre azul, al mismo don Enrique de Aguilar, maestre de campo y comendador del orden de Santiago.

Car. El corazon me lo decia en nuestras repetidas entrevistas! Dios de bondad! yo bendigo vuestra Providencia divina!

(Carlos cae en los brazos de Enrique: Isabel y Tellez le rodean con estrema alegria; y la condesa se arroja á los pies de aquel con el mayor terror, dando muestras de demandar perdon.)

FIN.

Madrid, 1849.

Imprenta de Vicente de Lalama,

calle del Duque de Alba, núm. 13.